

“Allegro Moraíto”, una película homenaje a Moraíto Chico

Conocí a Manuel Moreno Junquera “Moraíto chico” en la primavera de 1983. Actuaba en el marco de “La cumbre flamenca” en el teatro de Alcalá, y me quedé impresionada y a la vez casi extasiada, de su toque. Era a la vez antiguo y contemporáneo, sin romper nada pero de su tiempo, desmarcándose de la línea de su tío Manuel y de su padre Juan, que cómo recién pero ferviente aficionada que era entonces, conocía ya. Ese mismo día le conocí en persona en el Candela, que era entonces el sitio donde todos las grandes figuras iban, tanto los que se habían mudado a Madrid, como los que no se alejaron de su tierra nunca, como era el caso de Moraíto. Yo era entonces muy joven y tímida y desde aquella primera vez pude disfrutar de su simpatía y calidez.

A partir de entonces lo he escuchado en directo todas las veces que he podido en distintos lugares: viviendo yo misma en un pueblo de Cádiz, pero también coincidiendo con él en París, en Royaumont, así hasta un sinfín de veces más. Hasta el día de hoy mi enamoramiento de su toque ha ido creciendo, y la relación con él se ha ido convirtiendo en amistad. He compartido muchas juergas con él, muchos momentos que constituyen para mí algunos los momentos más felices de mi vida.

Cuando realicé mi “opera prima” en 1998, “Agujetas, cantaor”, tenía claro desde el principio que quién lo iba a acompañar en el toque, y luego en presencia e imagen, era Moraíto: él y nadie más. Dijera lo que dijera Manuel de los Santos Pastores, “Agujetas de Jerez”, así iba a ser. Y aunque empezó a abrir la boca ya discutir, pues la postura de Agujetas es siempre la del polemista, después de 4 segundos de hacerse a la idea, dijo: “si es él, sí”. Y es que para saber acompañar al cante, y más este tipo de cante y de cantaor, salvo los maestros de Jerez, como precisamente son los Moraos o Parilla, no había nadie mejor que él. Para mí era importante que fuera Moraíto, por la razón que indico antes, daba un toque de una modernidad excepcionalmente natural, sin necesidad de romper con nada, un toque único.

La complicidad que teníamos con Moraíto además, venía muy bien para lidiar ambos a ese toro bravo que es Manuel “Agujetas”. Del arte de torear al artista áspero y bravío sabíamos los dos, desde distintas posiciones, por lo que además de la aportación artística inmensa que aporta Moraíto a la película, su presencia fue una pequeña bendición.

Precisamente en el marco de este trabajo, por una razón que yo misma desconozco - seguramente se trata de esas motivaciones que responden sencillamente a un deseo importante-, un día que habíamos terminado el trabajo antes de lo previsto, pedí a la producción que me dejaran la tarde entera para filmar algo que no estaba destinado a “Agujetas, cantaor”.

Se trataba de filmar a Moraíto solo, tocando con quienes él quisiera, una de esas bulerías suyas que hasta la fecha aún no he escuchado a nadie tocarlas con tanto soniquete. Podía contar con la motivación y connivencia del maestro director de fotografía Jean-Yves Escoffier, el mayor aliado que tuve para mis 3 películas, y que

murió brutalmente días después del estreno de “Polígono Sur” en la Berlinale. El material de iluminación ya lo teníamos. El lugar también, pues fue una de las localizaciones que había elegidopara la entrevista, lugares que supieran a Jerez en cuanto apareciera la imagen. Aquella entrevista a Moraíto estaba destinada, en un principio, exclusivamente al arte de acompañar el cante y concretamente a ese tipo de cantaores muy rancios, pero por encima de todo, para que explicara que significaba para él acompañar a Manuel “Agujetas”. Cuál no fue mi felicidad cuando vi lo grande que era la motivación de Moraíto para colmar aquel anhelo mío de filmarle tocando y ampliando la entrevista...

El director de producción llamó al productor en aquel momento a Francia, y el sí que recibimos supuso una alegría compartida entre todos. Aquella alegría, pensando hoy en lo que dio a luz, son de las cosas que nos hacen pensar que todo estaba escrito... Moraíto, a la vez que “afinaba sus dedos”, llamó a sus compinches que no tardarían en acudir, mientras J-Y Escoffier y yo nos aferrábamos a preparar el interior y el exterior del “set”, con los campos Jerezanos de fondo hasta perderse en el horizonte. C., Rafael y Gregorio llegaron dispuestos como los tres mosqueteros con su mejor espada: las palmas (dicho sea de paso: C. es para mí, sencillamente, el mejor palmero en el planeta tierra, en la actualidad al menos). Nos pusimos a grabar todos con la misma concentración y exigencia, las máximas. Así era Moraíto, el artista de mayor gracia y deleite cuando se está de fiesta, y el de mayor responsabilidad cuando se trata de trabajar, aunque en ambas situación el gozo es el anfitrión indispensable. Aquella bulería -la oirán y la verán- es soberbia. Siguiendo el deseo de Moraíto, la grabamos entera en un solo plano, varias veces, hasta que él estuvo satisfecho. No pude evitar recordarle que aún no sabía qué podríamos hacer con ella, pues no entraba en el retrato del cantao. Pero le daba igual, las cosas o se hacían bien o no se hacían, siendo ésta, entre las muchísimas cualidades de Moraíto, una de las que más aprecio y comparto. Yo “aún no sabía” que podría hacer con todo aquello que habíamos grabado. Hoy agradezco esa idea que vino no se sabe de dónde...

En esa entrevista que hicimos en las mejores condiciones para alcanzar la naturalidad sin la cual no concibo semejante tarea, es decir en intimidad-estábamos J-Y Escoffier, Moraíto, y yo con el DAT-, el hecho de conocernos mutuamente desde años, hizo que tuviera la oportunidad de abordar con él muchos temas. Se convirtió pues en una charla sencilla y profunda. Poco a poco Moraíto se iba olvidando de la presencia de la cámara.

Dos años después nació en mí la idea de un argumento de largometraje donde los protagonistas fueran Moraíto, Juan Moneo “el Torta” -al que conocía tan bien como a Morao-, Diego Carrasco y una joven y bella actriz japonesa. Esta roadmovie-comedia poética se llamaba “Me gustas como mujer y como persona”, donde los protagonistas no estaban invitados cómo músicos (salvo en los 4 últimos minutos) sino como actores, entusiasmó tanto a Moraíto, que se entregó a tope al proyecto. Trabajamos juntos el guión a partir del que le presenté y recibió por todo lo alto, pagando auténticos banquetes, en tres ocasiones, a productores interesados pero que dudaban de la capacidad de actuar y de la seriedad y formalidad de estos flamencos. Desgraciadamente, no hubo ninguno que entrase de forma definitiva, así que el proyecto nunca se llevó a cabo. Hasta el último mes antes de su muerte, seguíamos hablando de él sin perder la fe, que teníamos, sobre todo, en que mantuviese su vida.

Después de la muerte de Moraíto, cuál no sería mi sorpresa cuando empezaron a llegarme, a través de mi web esencialmente, una enorme cantidad de correos que no venían sólo de España sino de muchos países de Europa, América y de Japón. Todos preguntaban lo mismo: “¿al menos, la tiene grabada?”. Es decir si tenía entre manos los brutos de esa película que desgraciadamente no había salido al mundo cuando murió. Mi respuesta era siempre la misma: no. Mientras, la procesión iba por dentro: cada correo que recibía preguntándome lo mismo, suponía para mí ahondar cada vez en la herida emocional que significaba su pérdida.

Tuvo que pasar tiempo para que cicatrizara, pues sólo quienes han leído este proyecto, conocen el argumento y a todos y cada uno de sus participantes incluso en los papeles pequeños, así como las localizaciones, saben lo que hemos perdido con esta película que no llegó a buen puerto. Quizá, como sucede con algunos duelos, nunca cicatrice del todo. Pero tengo que confesar que a medida que ha ido pasando el tiempo desde que Moraíto nos fue arrebatado, ha ido creciendo en mí una idea cada vez con más fuerza: aquellas secuencias que en su día filmé sin saber exactamente para qué servirían -salvo para darnos el gusto de coincidir en nuestras comunes ganas- ¿no valdría la pena, ya que recordaba su contenido, que permanecían inéditas y han ido cobrando mayor valor al desaparecer él, hacer algo con ellas?

Antes que nada debía lograr que me dejaran acceder a los brutos filmados y también que me los cediesen completamente, pues al fin y al cabo habían sido mi propósito y mi trabajo, y ya había pedido esa concesión antes de filmarlos. Di el paso, cosa que no era fácil, pues sabía que para mí supondría resucitar a dos personas que habían sido verdaderos pilares en mi vida, y que habían desaparecido siendo aún jóvenes, contra toda esperanza y de manera muy brusca, aún más en el caso de Jean-Yves Escoffier.

El paso de atreverme a verlos de nuevo lo di hace mes y medio haciendo un viaje a París. Y menos mal que vencí mis temores y lo hice... La emoción que ha supuesto para mí redescubrir estos brutos, 16 años después, a la vez de volver a revivir los duelos, es parecida a sentir una pequeña resurrección. He podido comprobar que los contenidos estaban tal y como los recordaba, con todo lo que Moraíto expresaba musicalmente, por supuesto, pero también lo que cuenta con sus propias palabras, ya que abordamos temas profundos que tienen un valor extraordinario -más allá de ser un material inédito y de cómo está filmado. Raíces, evocación de su propia infancia, de su barrio, Santiago, con lo que significa para él, cómo entiende lo que es valioso y lo que no en este arte llamado flamenco, pasado y contemporaneidad: todo eso fluye de él... Con un gusto que se le escapa pero con su habitual y auténtica modestia, habla de cómo su hijo está creciendo en su toque, que quizás llegará a algo valioso... Es especialmente emocionante cuando sabemos en qué guitarrista se ha convertido hoy Diego del Morao: al igual que su padre, con personalidad propia dentro del legado de los Moraos, y habiendo, tan joven, creado ya escuela: esto constituye a mis ojos un mensaje esperanzador cara a la vitalidad y al futuro del flamenco, con el que quisiera acabar mi película.

Y es que lo que tenía en mente antes de ver los brutos era -si estaban a la altura de lo que esperaba- realizar una película homenaje a Moraíto que obviamente no se limitaría a editar estos archivos. Nada más terminar su visionado, empezó a dibujarse en mí como concebía esa película, como sería: en esta presentación no pretendo contarla (el guión cumplirá su papel que es dar a conocer, a quienes no la llevan dentro ni la pueden

ver de antemano, las precisiones necesarias para dar una idea que se aproxime lo más posible a lo que será), pero sí quiero hacer hincapié en algunos elementos esenciales.

No podría concebir esta película de no seguir vivos parte de sus seres más cercanos desde el nacer, y es fundamental también, por lo que pretendo sacar y transmitir, el hecho que me une a ellos una amistad que se forjó a base de vivencias compartidas - parte de ellas junto a Moraíto- a lo largo de muchos años. Entre estos, unos cuantos tienen mucho talento y hasta son figuras, pero destacan a mis ojos dos artistas que, pese a no tener el protagonismo en el escenario (no son cantaores, guitarristas ni bailaores), tienen un arte insustituible, al margen de su arte musical, en todos los sentidos y en la misma vida. Se trata de C. y del B.. Ambos poseen una capacidad maravillosa (y muy cinematográfica) de sacar poesía y gracia de las cosas más prosaicas. Pero también, y de manera extraordinaria -y es por lo que son esenciales a la hora de hacer resurgir a nuestro tan amado Moraíto- poseen la capacidad de evocar, a través del mimo, de la imitación, de su memoria prodigiosa y de su saber contar. Estas dos últimas, memoria y sabiduría narrativa, son para mí las claves del legado flamenco. Aún más todavía en Jerez, donde es patrimonio, en Jerez se reúnen los antepasados más emblemáticos del canto y del toque.

Para mi proyecto, resultan indispensables estos dos artistas ya que constituyen una base importante de la película, además de ser quienes justificarán la aparición de la entrevista a Morao.

En el inicio del film iremos descubriendo en un lento travelling que corresponden por un lado al subjetivo de una persona que conduce, por otro lado al de un copiloto (aun no los veremos, es después cuando los reconoceremos por sus voces, una letra cantada por el B., su forma de cantar, de marcarla ambos a la vez, etc)

Por caminos y carreteras recibiremos información de donde se sitúa Jerez, es decir cuáles son los paisajes que rodean la ciudad que será a continuación el escenario donde toda la evocación sucede. De ahí pasaremos a la acción que empieza enfocada en el letrero “Calle Moraíto chico”, donde nació y creció en el barrio de Santiago. La acción a partir de ahí -narrada en el guión- nos hará descubrir las localizaciones jerezanas donde transcurrió la infancia de Moraíto: la casa donde nació, los sitios donde pasó gran parte de su infancia, de su adolescencia, de su juventud y de su madurez, todos ellos, existan todavía o no: en este caso veremos que ha ido substituyéndoles y nuestros dos actores-narradores pondrán en marcha su memoria, logrando reconstruir con sus recuerdos, los mismos sitios, tanto sus arquitecturas como sus ambientes.

C. y B., con otros más (aunque lo parezca en la película, no será al azar que los pondrá en sus andaduras, si no a personas que elijo por sus lazos con Moraíto, no todos del mismo tipo, flamencos y no flamencos, pero en cualquier caso, con algún rasgo singular y poseyendo el don de la naturalidad así como unos rostros y gestos elocuentes de por sí), que se van encontrando durante el día y la noche, hasta llegar, conforme se va aproximando el alba, a quedarse solos los dos. Así a lo largo de una tarde y de una noche, nos guiarán en este viaje al alma del añorado compañero, de la persona, del artista, del personaje, del amigo Moraíto. Todo ello a través de sus habladurías y anécdotas compartidas cuando serán varios, y, una vez que están en mayor intimidad, lo que será una conversación que permite ahondar y donde aflorará la emoción, aquella

donde la risa y la pena se dan la mano, remontando en el tiempo hasta sus infancias juntos, recordando más y más...

Como la idea principal de la película es que actúe como una metáfora de lo que supone el legado y la memoria en la transmisión del arte flamenco y mi elección como cineasta siempre ha sido que sea la verdad y la espontaneidad las que se muestran ante el espectador, la historia se nutre de esa magia espontánea que tan bien sabe captar al vuelo el cine, y que se encarna en la pantalla. Como nadie lo podría hacer, C. y B. juntos serán capaces, por momentos, de hacer resurgir ante nuestros ojos y de viva voz a Moraíto, con la gracia que les envuelve cómo enviada desde el mismo cielo, y la emoción a flor de piel.

La historia terminará en una comida cuyos anfitriones serán ellos dos, una comida en “petit comité”, que tendrá algo de una celebración aunque los contados invitados, todos próximos a Moraíto, no sepan aún porque. Y es que Chicharo y el B. le reservan una sorpresa: al terminar la comida, Chicharo pedirá silencio y ambos desplegarán una pantalla y lanzarán una proyección sin que ninguno de los presentes ya no sólo en la película si no en la vida real, sepan de que se trata. Así en una pantalla grande, descubrirán, a la vez que los espectadores, los brutos grabados hace 16 años: para todos será por primera vez, incluido ellos mismos, pero también Rafael y Gregorio que salen en la cinta... Cómo ellos mismos, veremos el trabajo que hace el pasar de los años en los rostros de las personas. Poco a poco, se juntarán en la emoción, amigos íntimos y familiares ahí presentes. Entre ellos, su hijo Diego, heredero del legado de su fabuloso toque. Descubrirá en directo lo que su padre dijo de él, 16 años antes, con un orgullo mezclado de una verdadera humildad, pero que transmite mucha fe en él y en el guitarrista que podrá llegar a ser, si sigue enfrascado en el toque...

Aquella celebración/proyección se hará en un lugar emblemático dentro de la biografía de Moraíto, en el barrio de Santiago. Porque lo que busco con la película es captar, paralelamente al visionado de aquel hermoso documento, la verdadera emoción que les produce reencontrarse con el padre, el esposo, el amigo, el compañero, el inspirado guitarrista, el compinche de fiestas, el artista admirado, al verlo en uno de los momentos grabados donde se expresa con más sinceridad, vitalidad y naturalidad.

Por este motivo, esta película debe mantenerse en secreto durante su producción y rodaje y será filmada con un equipo mínimo, guardando la máxima discreción. Cualquier filtración inadecuada nos haría difícil rodar en libertad y protegidos de la curiosidad, al fin de captar estos momentos espontáneos que no pueden ser ensayados sin restarle intimidad.

Como expreso anteriormente en el texto, en el final de la película llegará el momento de la transmisión, del legado guitarrístico y emocional de padre a hijo -de Manuel a Diego- y su mensaje de esperanza, el espíritu con el que deseo impregnar este proyecto. Así pues terminaremos con Diego del Morao tocando solo, para el mismo, con sumo gusto y concentración.

El flamenco seguirá vivo porque hay personas capaces de escuchar y aprender de las raíces y mirar desde ese legado con energía hacia el futuro.

Dominique Abel. Diciembre 2015